

cuentan, aunque no lo parezca), sumergirlos en una conveniente puesta al día averiguando lo que una determinada mayoría ciudadana espera o —más exactamente— se le ha impulsado a esperar, y vestir el producto con las posturas y las palabras más apropiadas el momento histórico preciso.

La experiencia histórica demuestra que el ser humano, en cualquier lugar del mundo en el que se encuentre, pasa por ciclos grandes o pequeños de ansia de auténtica realización a todos los niveles. Son los tiempos que, sino estar necesariamente ligados a determinadas fechas cronológicas, llamamos milenaristas. Hay milenarismos de muy diversa envergadura, si vale la expresión para poder diferenciar los estrictamente locales —o nacionales— de los que se anuncian como expresión universal. Y corresponden a momentos en que ese deseo de realización auténtica, de escape visceral a las manipulaciones y a las opresiones seculares conducen irremisiblemente a la revolución y al seísmo antropológico.

Sin embargo, es un hecho que puede comprobarse que los grandes grupos de presión, que incluso fingen aceptar la *apariencia* del cambio para que nada llegue realmente a hacer cambiar el status que permitirá su permanencia en el poder (mis recuerdos al

príncipe Lampedusa), han comprobado y hasta a veces provocado la presencia de determinados seres *mesiánicos* que, al encauzar a través suyo el irreprimible impulso libertario de la masa, convierte esas ansias en pura esperanza (o confianza) de que el ser en cuestión, por su sola presencia, resuelva y decida el camino que todos los demás se lanzarán ciegamente a seguir desde el momento mismo de su manifestación.

Por supuesto que no pretendo convertir en mesiánicos a nuestros líderes de andar por casa. Faltaría más. Pero si resulta que aceptan (y hasta provocan) su situación de asumir su cargo de *minimesías* y que, al hacerlo, por el mero hecho de ponerse en manos de los especialistas en imagen, aceptan a priori el juego de ser manipulados por su propio carisma prefabricado, para que así, a su vez, puedan servir de manipuladores de una masa política que necesariamente habrá de verter sobre ellos, mediante el voto, sus esperanzas, sus temores y hasta sus afanes de revancha de cualquier tipo; y todo para que, una vez encauzadas esas ansias en las urans, todo quede como antes, atado y bien atado.

Juan G. Atienza
